

**ACADEMIA NACIONAL
DE CIENCIAS MORALES
Y POLÍTICAS**

**EL COLEGIO NACIONAL
DE BUENOS AIRES Y LA
SOCIEDAD CIENTÍFICA ARGENTINA**

Horacio Sanguinetti



**BUENOS AIRES
2006**

**EL COLEGIO NACIONAL DE BUENOS AIRES Y
LA SOCIEDAD CIENTÍFICA ARGENTINA**

Horacio Sanguinetti

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

Fotografía de portada de Marcos Chamudes

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@infovia.com.ar

Se terminó de imprimir en Talleres Gráficos de Roberto Peiró
Solís 2116 - Capital Federal en el mes de noviembre de 2006.

JUNTA DIRECTIVA 2005 / 2006

<i>Presidente</i>	Académico Gregorio Badeni
<i>Vicepresidente</i>	Académico Alberto Rodríguez Varela
<i>Secretario</i>	Académico Hugo O. M. Obiglio
<i>Tesorero</i>	Académico Jorge Emilio Gallardo
<i>Prosecretario</i>	Académico Isidoro J. Ruiz Moreno
<i>Protesorero</i>	Académico Horacio Sanguinetti

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Segundo V. LINARES QUINTANA .	03-08-76	Mariano Moreno
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE .	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Pedro J. FRÍAS	10-12-80	Estanislao Zeballos
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA . .	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Ezequiel GALLO	10-07-85	Vicente López y Planes
Dr. Horacio SANGUINETTI	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Carlos María BIDEGAIN	25-06-86	Fray Justo Santa María de Oro
Dr. Carlos A. FLORIA	22-04-87	Adolfo Bioy
Dr. Leonardo MC LEAN	22-04-87	Juan B. Justo

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA .	22-04-87	Nicolás Avellaneda
Dr. Gerardo ANCAROLA	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI	18-12-92	Juan Bautista Alberdi
Dr. Eduardo MARTIRÉ	18-12-92	Vicente Fidel López
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Dr. Jorge R. VANOSSI	18-12-92	Juan M. Gutiérrez
Dr. Félix LUNA	23-04-97	Roque Sáenz Peña
Dr. Víctor MASSUH	23-04-97	Domingo F. Sarmiento
Dr. Hugo O. M. OBIGLIO	23-04-97	Miguel de Andrea
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA	28-04-99	Benjamín Gorostiaga
Dr. Dardo PÉREZ GUILHOU	28-04-99	José de San Martín
Dr. Adolfo Edgardo BUSCAGLIA	10-11-99	Dalmacio Vélez Sarsfield
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI	27-11-02	Justo José de Urquiza
Dr. Bartolomé de VEDIA	27-11-02	Carlos Pellegrini
Dr. Carlos Manuel MUÑIZ	24-09-03	Nicolás Matienzo
Dr. Miguel M. PADILLA	24-09-03	Bartolomé Mitre
Sr. Jorge Emilio GALLARDO	14-04-04	Antonio Bermejo
Dr. René BALESTRA	14-09-05	Esteban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA	14-09-05	Cornelio Saavedra
Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS . .	14-09-05	Ángel Gallardo
Dr. Mario Daniel SERRAFERO	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA	14-09-05	Deán Gregorio Funes

EL COLEGIO NACIONAL DE BUENOS AIRES Y LA SOCIEDAD CIENTÍFICA ARGENTINA

Por el académico DR. HORACIO SANGUINETTI¹

“El Colegio Nacional de Buenos Aires merece ocupar un lugar en la historia de la Sociedad Científica Argentina por estar ligado a ella por lazos de distinta índole; muchos de sus futuros dirigentes y socios pasaron por sus aulas y éstas fueron escenario de las primeras asambleas que condujeron a la fundación de la Institución y su ámbito cobijó la primera exhibición de productos industriales.”

Juan Carlos Nicolau

La muy honrosa distinción que me impone la Sociedad Científica Argentina –honrosa en sí misma y más aún por la compañía en que me ubica–, compromete mi gratitud y mi voluntad de colaborar con su obra más que centenaria y con sus tradiciones, que cuentan entre las más altas de la República. Es en cumplimiento de esta deuda que he esbozado esta primera aproxima-

¹ Conferencia pronunciada en la Sociedad Científica Argentina, al recibir el diploma de miembro honorario (18.IX.06).

ción a una investigación que debe hacerse en profundidad, para recoger una historia de la vinculación de la Sociedad con el Colegio, historia donde se unen, acciones y protagonistas, muy estrechamente.

La Sociedad fue fundada en un momento muy particular de la vida nacional, el 14 de julio de 1872, durante la presidencia de Sarmiento. El país se debatía aún entre las sombras y la sangre de las guerras civiles, no había apagado los fogones de las campañas militares, y procuraba crear y afianzar sus instituciones, entre dificultades de toda índole.

No existían nación ni estado, sino en formas incipientes y embrionarias. Pero existía una pléyade casi milagrosa de grandes hombres, con insólitas capacidades de estadistas y un claro proyecto de progreso. Poblar y educar eran las estrategias ostensibles. Se sancionaron leyes sabias para servir tales programas, y los personajes se multiplicaban para cubrir la exigencia de tareas disímiles: eran políticos, legisladores, escritores, educadores, militares, diplomáticos, intelectuales de vuelo y hombres de acción.

Son los años de la siembra educativa y del despertar científico. Así, Mitre refunda en 1863 sobre un instituto varias veces centenario, su Colegio Nacional, destinado –como toda su obra–, a consolidar la unión. Amadeo Jacques, el más grande profesor de Francia, exiliado de Napoleón el Pequeño, le da la impronta, en cumplimiento de su sueño educativo del rusioniano “buen salvaje” –o poco más– que esperaba encontrar en estas tierras casi vírgenes.

Sarmiento traerá sus maestras de Estados Unidos y sus científicos de Alemania. Y hoy podemos creer que fueron viajes de triunfo, gestas gloriosas plenas de satisfacciones y relumbres. En verdad, toda esa lucha por la educación, las miserias iniciales de Jacques y de Cosson, los incumplimientos, inconsecuencias y traiciones de las norteamericanas que venían a buscar marido, las aldeanas resistencias y desconfianzas cordobesas hacia los profesores germanos, y tantos otros desengaños, jalonaron una lucha

implacable, llena de sinsabores, retrocesos y conflictos. Todo ello honra doblemente a esa generación portentosa, que se sobrepuso a cualquier dificultad y creó un país exitoso de cuyo mérito aún vivimos.

Los poderosos reconocían entonces, la trascendencia de la ciencia en el progreso de los pueblos, y por eso la sostuvieron en la medida de sus fuerzas y de los parvos recursos disponibles.

No es extraño pues, que florecieran, en breve término, una multitud de instituciones y centros científicos, junto a escuelas y otros diversos ámbito educativos.

Particularmente notable fue la acción de estas dos instituciones casi contemporáneas: el Colegio Nacional de 1863 y la Sociedad Científica de 1872. Docentes, no teníamos muchos y científicos, menos. Pero se lograron, algunos por natural talento y vocación, otros improvisados, otros importados, ya fuese por invitación expresa o porque los refugiamos y socorrimos de la incivildad de la Restauración europea. Y con ese elenco precario, las dos instituciones, el Colegio y la Sociedad Científica, abrieron una senda de progreso y compartieron, durante mucho tiempo, la avanzada de la cultura nacional.

Los hombres, muchas veces, eran los mismos, que actuaban en ambas, con criterios y propósitos complementarios. Los fundadores de la Sociedad Científica, sus dirigentes, socios y promotores, eran frecuentemente ex alumnos, profesores, autoridades del Colegio, y las instalaciones de éste les permanecieron siempre abiertas y al servicio de aquélla, desde la asamblea constitutiva, para todo género de actividades, comunicaciones, conferencias, exposiciones y experimentos.

* * *

El desarrollo científico —inexistente—, obsesionaba al presidente Sarmiento. Así, durante la inauguración del Observatorio

Nacional de Córdoba, obra cuestionada por la miopía de sus adversarios, el 24 de octubre de 1871, proclamó que “debemos renunciar al rango de Nación, o al título de pueblo civilizado si no tomamos nuestra parte en el programa y en el movimiento de las ciencias naturales”. Parecidos conceptos formuló entonces el ministro Avellaneda, y es probable que con ello, ambos estimularan las inquietudes intelectuales de un grupo de jóvenes, los primeros doce graduados en Ingeniería, los “doce apóstoles”, que muy pronto comenzaron a reunirse y maduraron el propósito de constituir una “Asociación científica”. Eran inicialmente, Félix Rojas, Juan Pirovano, Estanislao S. Zeballos, José Suárez y Justo Dillon, que resultó el Secretario provisorio del Centro no nato. El presidente también provisional, sería el distinguido ingeniero Emilio Rosseti, graduado en Turín, en cuya casa, como en la del estudiante Ceferino Baltar, frente al Colegio, en Moreno y Bolívar, se efectuaron algunas preliminares. Por fin, el domingo 30 de junio de 1872, en la Universidad, se reunieron los mencionados estudiantes y algunos más con los ingenieros Luis A. Huergo, Guillermo White, el agrimensor Angel Silva y los señores Juan Ramorino y Domingo Bartolazzi, en número de 21. De allí surgió la idea de fundar “Estímulo Científico”, ente con variadas propuestas de acción. Se estableció el compromiso de debatir sus bases y reglamento en la 2ª Reunión Extraordinaria, el domingo 14 de julio –suponemos que al mediodía y hasta “hora ya muy avanzada”–. Por fin, en esta última fecha, se declaró constituida la Sociedad bajo la denominación de **Sociedad Científica Argentina**, y se aprobó el Reglamento, tras algunos retoques, por unanimidad. Esta reunión constitutiva se efectuó en el Colegio Nacional de Buenos Aires que resultó así la cuna de la célebre Sociedad.

El Rector colegial, a la sazón y desde la muerte de Jacques en 1865, era Alfredo Cosson, su amigo y compañero de aventura sudamericana. Cosson, que padecía una dolencia mental, debió retirarse en 1876, dejando el cargo a José M. Estrada.

La aprobación pendiente, del Reglamento, se completó *in totum* el domingo siguiente al de la constitución, 21 de julio de 1872, cuando los entusiastas impulsores trabajaron hasta “las tres y media de la tarde”.

Por fin, al otro domingo, 28 de julio, en nueva sesión entre las doce y media y las tres, siempre en dependencias del Colegio, se designó la primera comisión directiva, presidida por Luis A. Huergo (1839-1913), decano de nuestros ingenieros.

Desde entonces, la Sociedad creció sin pausa; “única tribuna científica argentina”, según Babini, dictaminó sobre temas que los poderes públicos le sometían, creó su Museo, dirigido por el perito Moreno, y contribuyó a la instalación del Club Industrial (1876), presidido por el colegial Carlos Pellegrini, que organizó las incipientes ferias industriales.

Varios viajes, de Moreno y de Lista, fueron sostenidos por aquélla, que con motivo de sus bodas de plata, en 1898 celebró el Congreso Científico Latinoamericano, cuyas comunicaciones –más de un centenar—, se editaron en cinco tomos. De allí surgió la iniciativa de los Congresos de Montevideo (1901), Río (1905), Santiago (1908), y los posteriores Panamericanos (1908) y Americanos (1921).

Un enorme porcentaje de sus socios y animadores de su vida intelectual, estuvieron estrechamente vinculados al Colegio, y dos de presidentes suyos fueron también rectores colegiales: Valentín Balbín y Manuel B. Bahía.

* * *

Balbín presidió la entidad tres veces: 1879-80, 1884-85 y 1887-89. Matemático eminente procuró ordenar el complejo Museo de Ciencias Naturales; fundó la *Revista de Matemáticas Elementales* y fue de los primeros en prestar atención a la descuida-

da educación de la mujer. En mayo de 1892, luego del conflicto que motivaría la injusta exoneración del Rector colegial Adolfo Orma, y la consiguiente instalación del ILSE, el presidente Carlos Pellegrini, también ex alumno, lo designó rector del Colegio, donde Balbín había sido condiscípulo de Cané. Desempeñó hasta 1896 el cargo, desde el que debió lidiar con la indisciplina y aún la politización radical de alumnos como Mario Guido y José P. Tamborini.

El ingeniero y doctor Manuel B. Bahía presidió simultáneamente la Sociedad (entre 1900 y 1901) y el Colegio (entre 1900 y 1902), donde había también estudiado y donde profesó sobre física y electricidad, con brillo excepcional, por espacio de 21 años (1887-1908).

* * *

Los profesores de Ciencias exactas y naturales debían ser escasos en la Argentina de fines del siglo XIX. Lo prueba la presunción de que el monto de los salarios docentes de la Universidad se discriminaba según la ley de la oferta y la demanda. Así uno de Química, Física o Matemáticas Superiores de la Facultad de Exactas, cobraba 150 \$, mientras que un simple jurista –cuya abundancia ya preocupaba a Alberdi–, que enseñara Constitucional, percibía alrededor de la mitad, sólo 85 \$, y el Rector de la única universidad nacional existente a la sazón (1877), Córdoba, recibía 125. Se ve que era más fácil hallar a alguien dispuesto a asumir las borlas rectorales, que a enseñar una severa ciencia exacta. Sin embargo, en esos felices tiempos, el cargo pedagógico mejor rentado era el del Rector del Colegio Nacional de Buenos Aires: ¡190 \$! Como debe ser. Claro que el Ministro de Guerra ganaba 750 \$, casi siete veces más que el Rector cordobés.

* * *

La colaboración entre el Colegio y la Sociedad fue permanente. En el local colegial se realizó, allá por 1875, todavía bajo el rectorado de Cosson, la 1ª Exposición Científica e Industrial, que organizó la Sociedad con tanto éxito que las instalaciones quedaron muy justas y en 1876 debió instalársela en los altos del viejo Teatro Colón frente a la Casa Rosada.

En el Colegio se efectuaron también algunos ensayos de las primeras transmisiones radiales, comunicándolo con el Colegio San José; esto significaba un alarde tecnológico, descomunal para su tiempo.

* * *

En toda esa actividad conjunta, participaron muchas personalidades destacadas en ambas instituciones. No es posible señalarlas a todas, lo que requeriría una investigación histórica profunda. Pero es posible mencionar a algunos; en primer lugar a Juan M. Gutiérrez, gran hombre de letras doblado en científico, paleontólogo, humanista al que nada le era ajeno, que fue alumno del Colegio cuando se llamaba de Ciencias Morales y estuvo comprometido al final de su vida, con la acción de la Sociedad.

En vinculación muy estrecha con ésta actuó Estanislao S. Zeballos (1854-1923), rosarino, uno de los becarios del interior, que Mitre traía al Colegio Nacional de Buenos Aires para limar los resquemores entre porteños y provincianos –siempre es difícil, pensaría, fusilar al compañero de banco–; sostuvo –como Gutiérrez–, una doble vocación y siguió estudios de Ciencias Físicas y Naturales, aunque finalmente se destacó más como jurista y político.

Su intervención fundacional de la Sociedad fue decisiva, al punto de que muchos le atribuyen la idea original del proyecto. Redactó los “Estatutos Fundamentales” (1872) y dirigió, con Ramos Mexía, Pedro Pico, Guillermo Villanueva, Pedro N. Arata y

Juan J. Kyle, primero los cinco números de *Anales Científicos argentinos* (1874) y desde 1876, los *Anales de la SCA*.

También fueron muchos los especialistas en ciencias llegados del exterior con las oleadas de inmigrantes, algunos convocados y otros prófugos, que se encontraron inmediatamente al servicio de las dos instituciones. Veamos algunos:

En 1851 arribó el químico y matemático catalán José Miguel Puiggari (1827-89). También profesor del Colegio, dio realce científico a su profesión de farmacéutico y a la Escuela de Farmacia de la Universidad. “En aquel banco –relata Cané en el Capítulo 35 de *Juvenilia*–, expuse a Puiggari mi deplorable conferencia sobre yodo, que destruyó todas sus esperanzas de verme convertido en un Lavoisier”.

El químico escocés Juan José Kyle (1838-1892) llegó a Buenos Aires en 1862, enseñó su asignatura en el Buenos Aires y alcanzó dos veces (1873-74 y 1892-93), la presidencia de la Sociedad, donde fue una figura de peso desde la primera hora.

El paleontólogo genovés Juan Ramorino (1840-76) dictó mineralogía e Historia Natural. Estudió la piedra movediza de Tandil y colaboró con Florentino Ameghino, animándolo a presentar en la Sociedad (1875) una exhibición de fósiles descubiertos por él, en una exposición que hizo época.

Guillermo Carlos Berg (1843-1902) de origen alemán pero nacido en Rusia, llamado por Burmeister en 1896, tras pasar por Montevideo, obtuvo nuestra ciudadanía en 1897, y se destacó extraordinariamente en el área de la Ciencias Naturales, que enseñó en el Colegio. Por dos veces presidió la Sociedad (1880-81 y 1882-83), en cuyos *Anales* publicó alrededor de medio centenar de artículos. Estudió los peces, reptiles y batracios. Autor prolífico, editó sendos *Tratados* de Zoología y Botánica, utilísimos en su momento como auxiliares de estudio. Dirigió el Museo de Buenos Aires. Fue expedicionario con el perito Moreno. Su retrato al óleo campea en la Rectoría del Colegio.

Entre sus muchas conferencias, tuvo relieve especial y levantó polémica la que brindó juntamente con otra de Puiggari, sobre el origen de la vida, para el XII Aniversario de la Sociedad (1883). Según explica Nicolau,² ese discurso, de fuerte sentido *laico* —como el de Puiggari, quien habló sobre *El fuego en el juicio de Dios*, procurando desmitificar las ordalías—, “estaba vinculado al debate” sobre la ley de enseñanza pública 1420.

Un poco más acá, otros talentosos científicos se vincularon con las dos entidades. El ingeniero Claro C. Dassen (1873-1941), matemático deslumbrado por el brillo estimulante de Balbín, fundador de una dinastía de grandes intelectuales, sobre todo médicos y juristas: p. ej., Rodolfo, Julio y Gastón.

El eminente químico y farmacéutico Reinaldo Vanossi (1897-1974), fue profesor referencial e inolvidable del Colegio, entre 1930 y 1956. No llegó a presidir la Sociedad —como su hijo Jorge—, pero fue vicepresidente a cargo varias veces.

Bernardo Houssay, bachiller del Buenos Aires y Premio Nobel, trabajó largamente en el ámbito de la Sociedad, igual que el humanista y académico Osvaldo Loudet, de vasta proyección en la cultura nacional, y el ingeniero Pedro Longhini, profesor colegial y presidente de la Científica entre 1959 y 1962. En cuanto a Albert Einstein, durante su visita al país en 1925, se vinculó a la Sociedad y dictó dos conferencias en el Buenos Aires.

En definitiva, la acción pedagógica del Colegio y la de la Sociedad Científica, que editó revistas, organizó conferencias y exposiciones fermentales, colaboró en expediciones e investigaciones de todo orden, estuvo siempre mancomunada. Muchas veces, a cargo de las mismas personas. Hagamos votos para que esa hermandad se fortalezca en el futuro, para bien de nuestra patria y nuestra gente.

² Juan Carlos Nicolau: “Historia de la S.C.A. en el siglo XIX (1872-1900)”, en *Anales*, año 2002, 231-1, trabajo del cual extraemos gran parte de la información de esta nota.